

Marco Arturo Toscano, *Una cultura derivada. El filosofar sobre México de Samuel Ramos*, Facultad de Filosofía/ Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2002, 274 pp.

GABRIEL VARGAS LOZANO

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

El libro que presentamos constituye una amplia reflexión sobre una problemática que durante muchas décadas, fue menospreciada y marginada por un amplio sector de la filosofía nacional: me refiero a la filosofía de la cultura mexicana. Este hecho respondió, en mi opinión, a varios factores: en primer lugar, al abandono de un necesario trabajo autorreflexivo sobre la propia actividad por parte de los mismos profesionales de la filosofía; en segundo lugar, un escaso interés por la historia de la disciplina; en tercer lugar, una forma de concebir las relaciones entre filosofía y sociedad y finalmente, lo que llamaría una tensión polémica en contra de las concepciones historicistas que lanzó el debate hacia el otro extremo, es decir, al de un universalismo abstracto. Sin embargo, en los últimos años se ha empezado a re-plantear el tema debido a que hemos desembocado en una profunda crisis. Esta crisis ha sido llamada fin de la modernidad aunque yo prefiero el término de *trans-modernidad* usado por Frederic Jameson y que responde, entre otras cosas, a los cambios mundiales impulsados por la revolución científico-técnica. En este sentido, México, un país que venía tratándose de emancipar del colonialismo y neocolonialismo y que apenas a fines del siglo XIX y principios del XX empezó a acariciar la idea de que podía ser una nación con una autonomía relativa, ha desembocado en una nueva situación que, en mi opinión, puede ser caracterizada como de gradual pérdida de la soberanía; crisis de la concepción liberal del estado homogéneo; tendencias de fragmentación; profunda desigualdad; democracia incipiente y búsqueda de su nueva fisonomía. Es por ello que considero que los científicos sociales; los escritores; los artistas; los filósofos y todas las perso-

nas conscientes deberían tomar a su cargo estos problemas para poder, a partir de un amplio debate democrático en el que sí cabrían, en forma normativa, los requisitos habermasianos de un “diálogo libre de dominio”, encontrar soluciones para esta encrucijada. Es por ello que considero que no ha sido casualidad que ésta Facultad se halla significado nacionalmente en la promoción de iniciativas que han puesto en el centro el tema de la filosofía de la cultura. Este es un hecho relevante que debe ser reconocido por la comunidad filosófica.

El libro que comentamos es un análisis acucioso y objetivo de las concepciones de Samuel Ramos sobre la filosofía, la cultura y el hombre. Se trata de una reflexión que no se queda en la exégesis sino que también plantea críticas que nos ubican en la problemática de hoy y nos indican vías para abordarla.

Samuel Ramos hizo, a través de su obra, una aportación relevante al desarrollo de la filosofía y de la comprensión de la cultura mexicana. Fue el primero que hizo una obra que abordó el tema de lo mexicano en su polémico libro *Perfil del hombre y la cultura en México*, es decir, fue el primero en abordar de frente esa problemática desde la filosofía y fue también el primero en realizar una reflexión histórica sobre el desarrollo de la filosofía en nuestro país.

Los antecedentes de sus planteamientos son sus maestros Antonio Caso y José Vasconcelos con quienes el filósofo michoacano guarda una relación de continuidad y discontinuidad. En este punto, Toscano expresa bien, por un lado, la importancia en el pensamiento de Ramos, de la herencia romántica de los fundadores pero también sus discrepancias y diferencias. A pesar de todo, falta aquí, tal vez, un capítulo dedicado a la evolución de sus ideas. Sobre sus diferencias con la generación anterior podemos destacar su postura frente a la ciencia. Comparte con Caso la crítica al positivismo (al que nos referiremos más adelante) pero rechaza la concepción de un Bergson o de un Boutroux. No es gratuito que haya fundado con Guillermo Haro y Eli de Gortari, el “Seminario de problemas científicos y filosóficos” que buscaba establecer puentes entre los dos campos del saber.

Ramos es parte de una nueva generación que no vivió el porfiriato mientras sus maestros pasaron su juventud en los momentos preparatorios de la Revolución Mexicana. Aquí, por cierto, se requiere, en mi opinión, re-examinar el mito de que los filósofos del “Ateneo de la Juventud” fueron precursores de dicha revolución ya que, como se sabe, no tomaron a su cargo, la aguda

problemática social por la que atravesaba nuestro país en 1910, a diferencia del movimiento de la ilustración francesa; y en el plano político, mientras Caso mantiene su fidelidad a Porfirio Díaz, Vasconcelos participa activamente en el movimiento maderista.

Pero abordemos la primera cuestión analizada en el libro y que es “la concepción ramosiana de la filosofía”.

Ramos dice que una de las primeras funciones de la filosofía es crear conceptos y tiene razón. Ya Hegel había considerado que la filosofía piensa el presente mediante conceptos. Apoyándose en Simmel afirma que esta disciplina es una reacción de la conciencia frente a la totalidad pero también, siguiendo a Ortega y Gasset, que cada filósofo asume “una perspectiva”. Toscano destaca, y yo estoy de acuerdo con él, diversos méritos de la concepción de Ramos que, reínterpretados en términos actuales, pueden ser útiles para nuestras reflexiones: a) la concepción hermenéutica de horizonte; b) el llamado psicomorfismo; c) el tema de los valores; d) la razón vital y otros.

Sin embargo, podríamos decir que, de alguna manera, Ramos renuncia a plantearse una nueva concepción ontológica en sentido radical que, en mi opinión, es el punto arquemídico desde el cual se realiza una revolución filosófica. ¿Por qué Ramos renuncia a proponer una nueva filosofía? En mi opinión porque considera que nuestra cultura todavía no logra su culminación, o como decía Gaos, su “coronación” filosófica. Esta posición es, en mi opinión, equivocada, ya que, a pesar de la dependencia y el subdesarrollo es posible crear concepciones filosóficas originales.

Pero si quisiéramos proseguir la argumentación de Ramos, nos enfrentaríamos con dos cuestiones señaladas con precisión por Toscano: por un lado, con la concepción ramosiana de la cultura en su unilateralidad, porque se basa en la reivindicación de una sola de las corrientes que dominaron y dominan la vida cultural como lo es la cultura europea. En esa dirección, el filósofo michoacano considera que debemos ser conscientes de esa herencia; que debemos rendirnos ante la evidencia de que la nuestra, es una cultura derivada y que la única actitud que podemos asumir es la de acometer su asimilación creativa. Pero Toscano señala, con razón, que Ramos no valora adecuadamente la otra cultura; la subordinada; la negada y reprimida como lo ha sido la cultura indígena. Es interesante observar como, al final del siglo XX y princi-

pios del XXI, debido a los importantes estudios realizados por los antropólogos e historiadores; a la reacción en contra de la represión ancestral que ha operado sobre las comunidades indígenas y a la fuerte oposición a una forma específica de aplicar la llamada “globalización”, se ha desarrollado una tendencia muy profunda de reivindicación, en un nuevo nivel, de las cosmovisiones, valores y riquezas culturales y humanas de las culturas indígenas. Es por ello que una de las tareas de la filosofía deberá ser la reflexión sobre las características que debería tener una nueva síntesis cultural que estaría en proceso de gestación.

Sin embargo, para poder lograr lo anterior, se requiere hacer una nueva evaluación de la historia de la filosofía y de sus relaciones con la sociedad. Como hemos dicho, Ramos fue precursor de la reflexión histórica de la filosofía en México, sin embargo, hace falta una reflexión más sistemática; más rigurosa y que adopte una perspectiva diferente sobre esa historia.

Pondré un ejemplo: en 1867, como se sabe, fue establecido el positivismo como política educativa del Estado. Sobre esta corriente se da por sentado que el positivismo constituyó la “filosofía oficial del porfiriato” y que la oposición de Caso y Vasconcelos implicó una crítica a dicha filosofía”.

En mi opinión estas afirmaciones son muy imprecisas. En primer lugar, el positivismo fue traído por Barreda justamente para poder impulsar un espíritu científico muy necesario en aquellos momentos en que había dominado un *ethos religioso* anti-científico y frente a la anarquía generada por las invasiones y revueltas que padecimos en el siglo XIX. Barreda propuso su concepción educativa en tiempos de Juárez pero en cuando éste murió, empezó a ser hostigado y obligado, por las fuerzas conservadoras a dejar la Escuela Nacional Preparatoria y el país. Durante el porfirismo, lo que se presentó fue una lucha entre las diversas corrientes filosóficas cuyo síntoma fue la modificación de los libros de texto de lógica en la Escuela Nacional Preparatoria. Por tanto, considero que no existió ninguna “filosofía oficial” durante el porfiriato y que la política educativa estaba dictada por las contradicciones entre los grupos de poder. Pero además, desde la estructura de poder cultural, en manos de Justo Sierra, se combatió el positivismo comteano en nombre del eclecticismo. Por tanto, hay que distinguir entre los filósofos positivistas agrupados en la *Revista Positiva* o en la “Sociedad metodológica Gabino Barreda” y la política de los llamados “científicos” que, de acuerdo con Raat, no fueron positivistas en

sentido estricto sino tecnócratas, salvo el caso de Sierra quien desarrolló una política educativa admirable por otras razones. Hay entonces una polémica más compleja que debe ser explicada en forma conveniente.

Otro tema debatible propuesto por Ramos es su tesis de que “la historia de nuestra raza hace imposible tener una cultura original, específicamente propia”. Ya José Carlos Mariátegui, critica esta tesis que se remonta a Vasconcelos diciendo que la filosofía no puede surgir de la raza sino de la cultura. Ramos censura dos actitudes: la de la imitación acrítica debido a la “psicología mestiza” y su opuesto, el de la exaltación nacionalista.

En mi opinión, Ramos expone un problema real: la imitación en ciertos sectores de la cultura y en especial en la filosofía o en la política, sin embargo, su explicación no me parece satisfactoria. Creo que para entender lo que ocurrió en México debemos hablar del proceso de colonización a que fue sometido este territorio en todos los planos; de la negación y ocultamiento de la cultura indígena y de la concepción eurocéntrica que estaba implicada. Ramos, al considerar que los indígenas padecen de “egipticismo” está recayendo en el eurocentrismo. El eurocentrismo, como dice Samir Amin, es un culturalismo que “supone la existencia de invariantes culturales que dan forma a los proyectos históricos de los diferentes pueblos, irreductibles entre sí”. (p. 9) Es antiuniversalista aunque se presenta como un modelo universal y se basa en una serie de prejuicios, equivocaciones e ignorancias para constituir una ideología de dominio. Implica una teleología que tiene dos expresiones: una primera que se encuentra intervinclada con el cristianismo y la lucha en contra de los infieles y otra ilustrada que implica una crítica interna al dominio de la religión y el impulso de una racionalidad científico-técnica.

Si observamos la situación de México desde esta óptica podemos concluir que durante la colonia se impuso el *ethos religioso cristiano* e inició un proceso de colonización que dura hasta hoy pero en el siglo XIX, desde la misma posición eurocéntrica, se da un enfrentamiento entre las fuerzas conservadoras y las modernizadoras, frente a las cuáles los filósofos adoptan una posición. Ramos rechaza la imitación pero no logra explicar la función de la filosofía en una sociedad dependiente y no logra tampoco desembarazarse del eurocentrismo.

Las conclusiones de Marco Arturo Toscano constituyen una interesante y necesaria crítica al maestro Ramos. Ramos no reconoce la alteridad, la diferencia y la pluralidad. A pesar de ello considera que “en las bases filosóficas que

Ramos asume como propias se encuentra la fundamentación para el análisis e interpretación de la cultura en México desde una perspectiva pluralista” (244) y más adelante nos dice que “pluralismo significa el reconocimiento de que existen distintas vías de desarrollo” (257).

En efecto, los mexicanos nos hemos vuelto conscientes de una realidad que estaba allí presente: que existen muy diversas culturas en nuestro país; muy diversas mezclas y diversas concepciones, valores, formas culturales. También sabemos que, en la actualidad existe un choque entre la modernización capitalista posmoderna y las estructuras tradicionales y autóctonas. Por tanto, nuestro dilema es: adaptación sin más al ethos posmoderno; refugio simbólico en las tradiciones religiosa o indígena; adopción de una combinación extraña en medio del subdesarrollo o buscar una nueva forma de la modernidad que no se afirme en el atraso ni pretenda vivir como “eco de vida ajena”. Para todo ello se requiere recuperar en forma sistemática y crítica la tradición cultural anterior y ofrecer una lectura nueva del presente. El libro de Marco Arturo Toscano nos permite dar un paso hacia esa dirección.

Intervención en la Mesa redonda
de la Presentación del libro

Una cultura derivada. El filosofar sobre México de Samuel Ramos, en la
Facultad de Filosofía de la UMSNH

Morelia, Mich.

11 de octubre de 2002